

permitía tutearle y echarle ásperas reprimendas, que el desgraciado ex-capellán oía con respeto. Luego que éste le vió aquel día, y se estrecharon las manos con extremada cordialidad, entróle al misántropo una ansiedad vivísima; deseo repentino, apremiante y avasallador de vaciar de una vez todas las congojas de su alma en el pecho de un buen amigo. Este anhelo no lo había sentido nunca Polo; pero aquel día, sin saber por qué, no pudo ni quiso dejar de satisfacerlo al instante. Y no se confesaba al sacerdote; se confiaba al amigo para pedirle, no la absolución, sino un sano y salvador consejo...

«Don Juan, ¿tiene usted que hacer?... ¿No? Pues voy á retenerle toda la tarde, porque le quiero contar una cosa... una cosa muy larga...»

Decía esto con decisión inquebrantable. Su afán de descubrirse era más fuerte que él. Había en su alma algo que se desbordaba.

«Pues á ello—replicó Nones sentándose y sacando la petaca.—Empecemos por echar un cigarrito.»

Polo declaró todo con sinceridad absoluta, no ocultando nada que le pudiera desfavorecer; habló con sencillez, con desnuda verdad, como se habla con la propia conciencia. Oyó Nones tranquilo y severo, con atención profunda, sin aspavientos, sin mostrar sorpresa, como quien tiene por oficio oír y perdonar los mayores pecados; y luego que el otro echó la última palabra, apoyándola en un angustioso suspiro, volvió Nones á sacar la petaca y dijo con inalterable sosiego:

«Bueno, ahora me toca hablar á mí. Otro cigarrito.»

XVIII

Mediano rato empleó el clérigo en dar fuego al cigarrito, en chuparlo, en soplar la ceniza...

Después, sin mirar á su amigo, empezó á exponer ampliamente su pensamiento.

«La verdad más grande que se ha dicho en el mundo es ésta: *Nihil novum sub sole*. Por donde se expresa que ninguna aberración humana deja de tener su precedente. El hombre es siempre el mismo, y no hay más pecados hoy que ayer. La inventiva de la perversidad es nula, hijo, y si tuviéramos á mano el libro de entradas del Infierno, nos aburriríamos de leerlo: tan monótono es. Quien como yo ha estado barajando por tantos años conciencias de criminales y extraviados, no se asusta de nada. Y dicho esto, vamos al remedio.»

«Dos males veo en tí: el pecado enorme y la enfermedad del ánimo que has contraído por él. El uno daña la conciencia, el otro la salud. A entrambos hay que atacar con medicina fuerte y sencilla. Sí, Perico, sí (*voz alta y robusta*): es indispensable cortar por lo sano, buscar el daño en su raíz, y ¡zas!... echarlo fuera. Si no, estás perdido. ¿Que esto te dará un gran dolor?... (*voz afluata y blanda*). Pues no hay más remedio que sufrirlo. Luego vendrán los días á cicatrizarle, los días, sí, que pasarán uno tras otro sus dedos suaves y amorosos, y cada uno te quitará un poco de dolor, hasta que se te cierre la herida. Si tienes miedo, y en vez de cortar por lo sano quieres curarte con cataplasmas, el mal te ven-

cerá, llegarás á convertirte en una bestia, y serás el escándalo de la sociedad y de nuestra clase.

»Porque mira tú (*voz insinuante*), esas cosas, si bien se las mira, son niñerías para el que tenga un poco de fuerza de voluntad y aprenda á dominarse. Sucumbir á una borrasca de esas es vergonzoso para cualquiera, y más aún para quien lleva encima siete varas de merino negro. Y no hay aquello de decir (*voz alta y estrepitosa*), llevándose las manos á la cabeza: «¡Dios mío, qué desgraciado soy! ¡Cómo erré la vocación!...» Pues haberlo pensado antes, porque harto se sabe (*voz muy familiar*) que en éste nuestro estado no hay que pensar en niñerías. ¡A dónde iríamos á parar si el Sacramento se pudiera romper cuando se le antoja á un boquirrubio, y volver al mundo, y dale con *hoy digo misa y mañana me caso!*... Nada, nada: aquél á quien le toca la china se tiene que aguantar. Es lo mismo que cuando se pone á clamar al cielo un mal casado. «Pues, amigo, qué quiere usted... hubiéralo pensado antes...» ¿Y los que después de elegir una profesión encuentran que no les va bien en ella? El mundo está lleno de equivocaciones. Pues si acertáramos siempre, seríamos ángeles. Lo que yo digo: al que le toca la china (*voz sumamente pedestre y familiar*), rásquese y aguante. Con que, amigo, fastidiarse, resignarse y volverse á fastidiar y á resignar.»

Dijo esto enfáticamente, acompañando el gesto á la palabra. Después, inspirándose con otro par de chupadas, prosiguió su sermón:

«Aquí estamos dos amigos uno frente á otro. Hablemos de hombre á hombre primero. Hay cosas que parecen difícilillas y peliagudas cuando

no se las mira de cerca; hay sacrificios que parecen imposibles cuando no se los prueba. Pero cuando una voluntad resuelta apechuga con ellos, se ve que no son un arco de iglesia. Amigo (*voz terrible*), batallas más bravas y espantosas que las que te aconsejo han ganado otros. ¿Y cómo? Con paciencia, nada más que con paciencia. Esta virtud se cultiva, como todas, con auxilio de la fe y de la razón. Y tú puedes volver sobre tí mismo y decir: «Pues, hombre, yo estoy faltando, pero faltando gravemente. Yo tengo que mirar por mi decoro, por mi salud, por mi salvación; yo no soy un chiquillo.» Créeme, una vez que hagas propósito de vencerte, llamando en tu auxilio á Dios y ayudándote de tu entendimiento, empezarás á sentir fuerzas para la gran obra, y esas fuerzas crecerán como la espuma. En eso, como en lo contrario, hijo, todo es empezar. Luego que digas «esto se acabó» (*voz formidable*), si lo dices con propósito valiente, verás cómo cada día te nace en el alma una ligadura con que atarte, y vas poco á poco sujetando las innúmeras extremidades de la bestia que te patalea en las entrañas. Y no te digo que te des disciplinazos ni que te abras las carnes, no. Eso es una bobada. Confíate á la fe, á la voluntad y al tiempo.

»¡Ahl! ¡el tiempo! (*voz patética*). ¡No sabes bien los milagros que hace este caballero! Y con los que coge talludos como tú, hace mejores y más radicales curas. Porque no vengas echándotelas de pollo (*voz festiva...*) No tienes canas, pero el día menos pensado te llenas de ellas, y vendrá este acháque, luego el otro; hoy se cae un diente, mañana la mitad del pelo; que hoy el reuma, que mañana el estómago... Y éstas, amiguito,

son las farmacias que usa el gran médico. Las enfermedades del cuerpo son las medicinas de los males de la mocedad en el espíritu. Te lo dice quien ha visto mucho mundo y chubascos más grandes que el tuyo y trapisondas más horribles. Resumiendo mi consejo, amigo Perico, oye mi receta: primero cortar por lo sano, sacrificio completo, extirpación de la maleza en su origen; después horas, días, meses, el agua tibia del tiempo, amigo querido. Cuando pasen algunos años, todo habrá terminado, y te encontrarás con que ha caído sobre tu cabeza la bendición de Dios, esta lluvia blanca, esta nevada que todo lo tapa, emblema del olvido y de la paz.»

Polo, sin decir cosa alguna, extendió sus miradas por la venerable cabeza de Nones, blanquísima y pura como el vellón del cordero de la Pascua.

«Y ya que hemos hablado de hombre á hombre—prosiguió el cura en tono más severo,—voy á despacharme á mi gusto como sacerdote. Pero antes de entrar en ello, hazme el favor de decir á esa tarasca de Celedonia que traiga una copita de vino; eso es si le tienes, que si no, venga de agua para refrescar las predicaderas.»

Traído el vino, don Juan Manuel se fortificó los espíritus para seguir su plática:

«El papel ignominioso que haces ante el mundo, pues los curas te desprecian por perdido, y los perdidos por cura; el atentado contra tu salud, y los demás perjuicios temporales, son niñadas en comparación de la ofensa que haces á Dios, á quien has querido engañar como á un chino... permite este modo vulgar de expresarme. Estás en pecado mortal, y si ahora te murieras, te irías al Infierno tan derecho como ha entrado

en mi estómago este vino que acabo de beber. En eso sí que no hay escape, hijo; en eso sí que no hay tus-tus; en eso sí que no hay quita y pon. Es solución redonda, terminante, brutal. Demasiado lo comprendes. Pues bien, desgraciado Periquillo (*voz afectuosa*): hablándote como amigo, como sacerdote, como ex-cazador, como extremeño, como lo que gustes, te pregunto: «¿Quieres salvarte de la deshonra, de la muerte y de las llamas eternas?

—Sí.

—¿Respondes con sinceridad?

—Sí.

—Pues si quieres curarte y salvarte, lo primero que tienes que hacer es ponerte á mi disposición, abdicar tu voluntad en la mía y hacer puntualmente todo lo que yo te mande.

—Estoy conforme.

—Bueno. Pues vas á empezar por salir de Madrid. Mi sobrino político, el marido de Felisa, la mayor de mis sobrinas, ha comprado una gran dehesa en la provincia de Toledo, entre el Castañar y Menasalbas. Allí está él: quiere que yo vaya; pero mis huesos no están ya para traqueteos. Tú eres el que vas á empaquetarte para allá, antes hoy que mañana. Te mando, como primer remedio, al yermo; ¡pero qué yermo, delicioso! Hay sembradura, ganado, un poco de viña, y para que nada falte, hay también un monte que ahora están descuajando en parte. Tú les ayudarás, porque el manejo del hacha es la mejor receta que se podría inventar contra melindres. En esa finca, en ese paraíso te estarás hasta que yo te dé de alta. Y cuidadito con las escapadas (*voz familiar y expresiva; admonición con el dedo índice*), cuidadito con las epístolas. Debes hacer cuenta

de que la tal persona no existe, de que se la ha llevado Dios... Y no te mando que estés allí mano sobre mano mirando á la estrellas, que holganza y pecado son dos palabras que expresan una misma idea. Harás toda la penitencia que puedas, y fíjate bien en el plan de mortificaciones que te impongo: levantarte muy temprano, y cazar todo lo que encuentres; andar de zeca en meca por llanos, breñas y matorrales; comer cuanto puedas, mientras más magras mejor; beber buen vivo de Yepes; ayudar á Suárez en sus tareas; tomar el arado cuando sea menester, ó bien la azada y el hacha; llevar el ganado al monte, y cargar un haz de leña si es preciso; en fin, trabajar, alimentarte, fortalecer ese corpachón desmeдрado. Quiero que empieces por ponerte en estado salvaje; y si sigues mi plan, serás tal que al poco tiempo de estar allí, si te vanean, soltarás bellotas... Desde que logres esta felicidad, seras otro hombre; y si no se te quitan todas esas murrias del espíritu, me dejo cortar la mano. Cuando pase cierto tiempo, iré á verte ó me escribirás diciéndome cómo te encuentras. Te someteré á un examen, y si estás bien limpio de calentura, se te devolverán las licencias, y con ellas... (*voz muy cariñosa*). Aquí viene la segunda parte de mi plan curativo. Atención. Mientras tú estás allá... *civilizándote*, yo en Madrid me ocupo de tí, y te consigo, por mediación de don Ramón Pez, mi amigo, un curato de Filipinas... »

Don Pedro hizo un movimiento de sorpresa, de sobresalto.

«Qué... ¿te encabritas? Es que no confío yo en tu salvación si no ponemos mucha tierra y mucha agua de por medio. Patillas es listo... Las recaídas son siempre mortales, hijo. Última pala-

bra. Si no aceptas mi plan completo, te abandono á tu desgraciada suerte. ¿Qué tienes que decir? ¿Vacilas?»

En efecto: el enfermo vacilaba, dejando ver la irresolución en su semblante. Levantóse entonces bruscamente don Juan Manuel, cruzó el manteo, tomó con aire decidido la teja, y poniéndosela de golpe como un militar se pone el sombrero de tres picos, dijo así:

«Ea... bastante hemos hablado. Quédate con todos los demonios, y no cuentes conmigo para nada.»

Alzando la voz, que de afectuosa se trocó en severa, sacudió por un brazo á Polo diciéndole:

«De mí no se ríe nadie... ya sabes que tengo malas pulgas, y si me apuras, todavía soy hombre para cogerte por un brazo y hacerte cumplir, que quieras que no, con tu obligación, badalague, mal hombre, clérigo danzante.»

Tembló éste al oír tan airadas palabras, y re-tuvo á su amigo, agarrándole por el manteo. De esta manera quería indicarle que se sentara para seguir hablando. Así lo hizo el célebre Nones, y tales cosas humildes y compungidas le dijo el penitente, que el anciano se aplacó y ambos celebraron su concordia con otro cigarrito.

Al día siguiente don Pedro se fué al Castañar.

XIX

Cuando Amparo llegó á su casa, era ya tan tarde que no quiso ir á la de Bringas. Intentó recordar el pretexto con que, según lo convenido consigo misma, debía explicar al día siguiente su fal-

ta de asistencia; mas la mal preparada disculpa se le había ido del magín. Era preciso inventar otra, y á ello consagró por la noche los breves ratos que le dejaban libre sus cavilaciones sobre asunto más grave. «Seguramente—pensaba al acostarse,— hoy que yo he faltado, habrá ido él. Volverá mañana.»

Así fué. Agustín se personó en la casa de sus primos muy temprano, á la matutina hora en que la viva imagen de Thiers recorría en mangas de camisa los pasillos, con la jofaina en las manos para transportar á su cuartito el agua con que había de lavarse, en aquella hora en que Rosalía, no bien dejadas las perezosas plumas, dedicábase á menesteres y trabajos impropios de quien la noche antes había estado en la tertulia de la Tellería hecha un brazo de mar, respirando aires de protección por las infladas ventanillas de su nariz. Como en Madrid todo el mundo se conoce y no había forastero en la reunión, á nadie se le ocurrió decir: «Pero esta señora de tantos humos, tan elegantona y tan perdona-vidas, será esposa de algún prócer considerable ó de cualquier rico bolsista.» En la eterna mascarada hispano-matritense no hay engaño, y hasta la careta se ha hecho casi innecesaria.

Estaba la de Bringas en tal facha aquella mañana, que se la hubiera tomado por una patrona de huéspedes de las más humildes. ¡Qué fatiga la suya, y qué andrajos llevaba sobre sí! La criada fué á la compra, y la señora, después de dar muchas vueltas por la cocina, arreglaba á los niños para mandarlos al colegio.

«Hola, Agustín... ¿por aquí tan temprano?—dijo á su primo, cuando éste entró en el comedor.—Anoche, en casa de Tellería, alguien, no re-

uerdo quién, habló de tí... Dijeron que eres de los que las matan callando... ¡Si tendrás tú algún trapicheo por ahí...! Todavía, todavía hemos de buscarte una novia, y el mejor día te casamos.»

Diciéndolo, Rosalía miraba con tristeza á su niña, mientras le ataba el delantalito y le ponía el sombrero. Hubiera querido la ambiciosa mamá que, por la sola virtud de sus amantes miradas, diera Isabelita milagroso estirón y llegase á casa—diera antes que Agustín se pusiera viejo.

«Mira tú, primo—díjole en una variante del mismo pensamiento,—no es por adularte; pero cada día parece que estás más joven y de mejor ver. Aunque esperaras cinco ó seis años más, no perderías nada.

—No, Rosalía. Si me caso, ha de ser el año que viene.

—¿De veras?

—Digo que podrá ser. No lo aseguro.»

Bringas llamó á su primo para hacerle leer un suelto del periódico que acababa de llegar.

«Mal, muy mal va esto—observó con tristeza don Francisco, empeñado en la faena de dar lustre á sus botas.—Otra vez partidas en el Alto Aragon... Esa pobre doña Isabel...»

Amparo entró; entraron el carbonero, el panadero, la criada, el alcarreño de las castañas y nueces, y la estrecha morada, con el tráfico matutino, convidaba á huir de ella. Don Francisco, cuando dejó sus botas como espejos, echándoles el vaho y frotándolas después, se las puso.

«¡Qué vida más trabajosa!—dijo á su primo, mientras sacaba del cajoncillo los mezquinos dineros para la casa.—Y ahora tenemos un compromiso mayúsculo. Hemos de ir al baile

de Palacio, y un baile de Palacio nos desnivela para tres meses. Pero Su Majestad se empeña en que vayamos, y quítaselo de la cabeza a Rosalía. Es preciso ir. Quien vive de la nómina no puede hacer un desaire al Poder Supremo.

No se sabe lo que á esto dijo Caballero; pero sin duda debió de hacer observaciones sobre los infortunios de la clase burocrática en España. Luego que almorzó Bringas, salieron ambos primos, y Rosalía fué á consultar con su modista el estudio económico que tenía que hacer para procurarse un bonito vestido de baile. Aunque contaba con los regalitos de la Reina, que quizás le mandaría alguna falda en buen uso, el arreglo de ella siempre ocasionaría gastos, y era preciso reducirlos todo lo más posible para alivio del espejo de los comineros, el santo don Franciseo Bringas.

Caballero volvió á la casa por la tarde, cuando contaba encontrarla vacía de importunos testigos. Y sucedió como él lo pensaba, porque los niños no habían vuelto aún de la escuela, la criada había salido, y los oradorcillos estaban tan enfrascados en su retórico juego dentro de la reducida asamblea de Paquito, que no ofrecían estorbo. Entró, pues, Agustín en el cuarto de la costura, seguro de encontrar allí lo que buscaba. Así fué. Callada y medrosa cuando le vió entrar, Amparo se puso pálida. El se sonrió y palideció también. Era ya un poco tarde, y uno á otro no se veían lo bastante para observar su emoción respectiva. Pensaba ella que no debía desperdiciar ocasión tan buena de dar las gracias por la merced recibida; pero no encontraba la forma. ¡Pues si la encontrara, qué cosas diría! Todo lo que su mente daba de sí, cruelmente exprimida

por la voluntad, resultaba frío, trivial, tonto y cursi. Cuando él dijo: «no creí que estaba usted aquí,» á ella no se le ocurrió más que: «sí, señor; aquí estaba.»

«¿Para qué cose usted más? Ya no se ve.

—Todavía se ve un poquito...»

Estos sublimes conceptos eran el único producto de aquellos dos cerebros henchidos de ideas y de aquellos corazones en que el sentimiento rebosaba. Mas Caballero, sintiéndose espoleado por la impaciencia, pensó: «ahora ó nunca;» y una frase brilló en su mente, una frase de esas que ó se dicen ó revienta el oprimido molde que las encierra. Más fuerte era el concepto contenido que la timidez del continente, y de aquella discreta boca salieron estas palabras, como sale un disparo por la boca del cañón:

«Tengo que hablar con usted...»

—Sí, sí, ¡estoy tan agradecidal...—balbució ella, con un nudo en la garganta.

—No, no es eso. Es que esta mañana hablamos Rosalía y yo de usted, y de si entra ó no en el convento. Yo estoy en darle la dote; pero entendámonos, con una condición: que no se ha de casar usted con Jesucristo, sino conmigo.»

¡Ahl ¡pillín! bien preparado lo traías; que si no, cómo había de salir tan redondo. Caballero, en horrible batalla con su timidez, había pensado al entrar: «ó lo digo palabra por palabra, ó abro la ventana y me tiro al patio.» Siguió á la frase triunfal un silencio... ¡chás! á Amparito se le rompió la aguja. Las miradas del indiano observando el bulto de su amada en la penumbra, bastarían á suplir la luz solar que rápidamente mermaba. Sonó la campanilla.

«Perdóneme usted—dijo ella levantándose casi

de un salto.—Voy á abrir... Es Prudencia, que salió por mineral.»

Pero Agustín le interceptó la puerta, y tomándole las manos se las apretó con fuerza.

«¿No me contesta usted nada?

—Perdóneme un momento... Tocaban otra vez.»

La Emperadora salió á abrir. Prudencia pasó hacia la cocina con duro pisar de corcel no domado. Poco después Amparo y Caballero se encontraban en el pasillo, junto al ángulo del recibimiento, obscuro como caverna. Las manos del tímido tropezaron en las tinieblas con las manos de la medrosa, y volvió á cazarlas al vuelo. Apoyándose en la pared, ella no decía nada.

«¿Qué es eso?... ¿Llora usted?—preguntó el americano oyendo una respiración fuerte.—¿No me contesta usted á lo que he dicho?»

Ni una palabra, gemidos nada más.

Oyó Caballero las siguientes palabras que sonaban con gradual rapidez como primeras gotas de una lluvia que amenaza ser fuerte:

«Sí... yo... yo... sí... no... veré... usted...»

—Hableme con toda franqueza. Si le desagrada...

—No... no... diré... Usted es muy bueno... Yo agradecida.

—Pero esos lloros, ¿por qué son?»

Parecía que se calmaba un tanto, enjugándose las lágrimas rápidamente con el pañuelo. Después se dirigió al cuarto de la costura, haciendo una seña al indiano para que la siguiera.

«¡Si Rosalía entra y me ve llorando...!»—manifestó la joven con mucho miedo, ya dentro del cuarto.

—No se cuide de Rosalía y responda.

—Usted es muy bueno; usted es un santo.

—Pero se puede ser santo y no gustar...

—¡Oh!... no... sí... estoy muy agradecida... Pero tengo que pensarlo... Desde luego yo...

—Vamos—dijo Agustín con cierta amargura,—no le gusto á usted...:

—¡Oh! sí... mucho, muchísimo—replicó ella con expansivo arranque.—Pero...

—¿Pero qué...? Usted no tiene parientes que se puedan oponer...

—No... pero...

—Usted es libre. Ahora, si hay algún compromiso...

—Yo... sí... no... no... no es eso. No tengo nada que oponer—repuso ella con vivacidad.—Soy una pobre, soy libre, y usted el hombre más generoso del mundo, por haberse fijado en mí, que no tengo posición ni familia, que no soy nada... Esto parece un sueño. No quiero creerlo... Pienso si estará usted alucinado, si se arrepentirá cuando lo medite.»

El respetuoso, el encogido Caballero le habría contestado con un abrazo, expresando así, mejor que con frías palabras, la ternura de sus afectos, tan contrarios al arrepentimiento que ella suponía. Pero en aquel instante entró en la habitación un testigo indiscreto. Era una claridad movible que venía del pasillo. Prudencia pasaba con la luz del recibimiento en la mano para ponerla en su sitio. Ambos esperaron. La claridad entró, creció, disminuyendo luego hasta extinguirse, remedo de un día de medio minuto limitado dentro de sus dos crepúsculos. Callaban los amantes, esperando á que fuera otra vez de noche; pero como Amparo sospechase que la moza había mirado hacia el interior de la obscura estancia, salió y le dijo:

«¡Cuánto tarda la señora!

—¿Enciendo la del comedor?—preguntó la tarasca.

—¿Todavía?... Es muy temprano.»

Cuando Prudencia volvió á la cocina, acercóse la Emperadora á la puerta del cuarto de la costura, y el tímido oyó este susurro, que sonaba con timbre de dulce confianza:

«Pst... venga usted para acá, caballero Caballero...»

Uno tras otro llegaron al comedor, débilmente alumbrado por dos claridades: la que venía de la cercana cocina, y la que asomaba por el tragaluz de la asamblea parlamentario-infantil. Se oía muy bien la voz de Joaquinito Pez, profiriendo estas precoces bobadas: «Yo digo á los señores que me escuchan que la revolución se acerca con su tea incendiaria y su piqueta demolidora.»

«¡Aprietal—murmuró Agustín.

—Siéntese usted aquí,—le dijo Amparo, señalándole una silla, y abriendo los cajones del aparador para sacar los aprestos de poner la mesa.

—Yo soy hombre que cuando resuelvo una cosa, gusto de llevarla adelante contra viento y marea.

—Pues yo digo que no sea usted tan precipitado y que medite mucho esas cosas tan graves,—replicó la medrosa en voz baja, para que no se enterara la criada.»

La vivísima alegría que llenaba su alma, no era turbada en aquel momento por ningún pensamiento doloroso.

«Todo está muy meditado—afirmó él, gozándose en mirarla y remirlarla.—Y además, lo que

se siente no se calcula, porque el sentir y el calcular no son buenos amigos. Hace tiempo que dije: «Esta mujer será para mí, y por encima de todo será.» Los enamorados de veras tenemos doble vista; y sin haberla conocido á usted antes, me consta, sí, me consta que estoy hablando ahora con la virtud más pura, con la lealtad más... Y no me habla usted sólo al corazón y á la cabeza, sino también á los ojos, porque es usted... más guapa que una diosa.»

Era ésta la primera flor de galantería que el huracán había arrojado en toda su vida á los pies de una mujer honesta. Con tanta facilidad lo dijo y tan satisfecho se quedó, que gozaba reteniendo en su memoria el concepto que acababa de emitir.

«¡Por Dios, don Agustín!—observó Amparo, disimulando el gozo con la jovialidad.—Que voy á romper los platos si usted sigue diciendo esas cosas...

—Romperá usted toda la vajilla, porque aún me queda mucho que decir.»

Otra vez sonó la cansada campanilla de la puerta.

«Debe de ser don Francisco,—indicó la joven saliendo á abrir.»

El era, en efecto, y se le conocía en la manera de llamar; pues tan extremado era su espíritu ahorrativo, que economizaba hasta el sonido de la campanilla. Metióse Bringas en su cuarto y á obscuras cambiaba su ropa, cuando entró, después de llamar con estrépito, su cara mitad. Venía muy sofocada, pues desde el obrador de la modista había ido á Palacio, sin lograr ver á Su Majestad, por ser día de consejo y audiencia. No bien puso el pie en el comedor, empezó á

soltar regaños por aquella boca: había tufo en la luz del recibimiento; estaba el comedor obscuro como boca de lobo; de la cocina venía olor á quemado. Amparo encendió la lámpara del comedor. Ver la de Bringas á su primo y desenojarse, todo fué uno.

«No sabía que estabas aquí. Se te encuentra siempre saliendo de la obscuridad como una comadreja. Dí una cosa. ¿Por qué no vienes esta noche? Reunión de confianza... poca gente, doña Cándida, las pollas de Pez... ¿Vendrás? No seas tan corto, por amor de Dios. Suéltate de una vez. Yo te respondo de que con poco esfuerzo has de hacer alguna conquista. Las chicas de Pez no cesan de preguntar por tí... que qué haces... que cómo vives... que por qué no te casas... que montas muy bien á caballo... Si es lo que te digo: tienes partido, tienes partido, y tú no lo quieres crear.

—Pues dí á las niñas de Pez que me esperen sentaditas. Son muy antipáticas, muy mal educadas, presumidillas, y desde ahora compadezco al desgraciado que se haya de casar con ellas.

—¡Vaya que estás parlanchín esta noche! Parece que el galápago quiere salir de su concha. Bien, Agustín, bien.

—Felices,—dijo Bringas, entrando de súbito, envuelto en su bata del año 40, la cual ni de balde se habría podido vender en el Rastro.»

Caballero se despedía dando un apretón de manos á su primo y embozándose.

«¿Pero te vas tan pronto?

—¡Ahl... se me olvidaba. Mañana os traerán el piano para la niña. Yo le pagaré el maestro de música. El colegio de ella y su hermanito, corre también de mi cuenta.

—Eres de lo que no hay...—manifestó Bringas, abrazando á su primo con emoción.—Que Dios te dé toda la vida y salud que mereces...»

Rosalía, dando un suspiro, abrazó tiernamente á su hija, que acababa de venir del colegio.

«¿Te vas tan pronto?—repitió don Francisco.

—Tengo que escribir algunas cartas.

—A propósito: mira, Agustín, no gastes dinero en tinta. Pasado mañana domingo voy á hacer algunas azumbres para mí y para la oficina. Te mandaré un botellón grande. Yo tengo la mejor receta que se conoce, y ya he traído los ingredientes... Con que no compres más tinta, ¿estás? Abur... y gracias, gracias.»

Con estas cariñosas palabras y la oferta que había hecho, expresión sincera, si bien negra, de su inmensa gratitud, despidió en la puerta á su primo el señor de Bringas. Cuando volvió al comedor, restregándose las manos con tanta fuerza que á poco más echarían chispas, su mujer, meditabunda, perdida la vista en el suelo, parecía hallarse en éxtasis. A las observaciones entusiastas del esposo sólo contestaba con arrobos de admiración:

«¡Qué hombre!... ¡pero qué bombrel!...»

XX

Poco más tarde despedíase Amparo, recibiendo de Rosalía los siguientes encargos:

«Mañana me traes media docena de tubos. Se acaba de romper el del recibimiento. Te pasas por la Cava Baja y das un recado al de los huevos. Tráete dos docenas de botones como éste, y